

Lo que la encuesta hace a la disciplina literaria¹

✉ ANNICK LOUIS / Université de Reims/CRIMEL- Centre de Recherches sur les Arts et le Langage (CNRS - EHESS)
alouis@noos.fr

Resumen

Si desde hace varias décadas la academia busca desarrollar la interdisciplinariedad en ciencias humanas y sociales, constatamos que los cruces interdisciplinarios resultan aún insatisfactorios en términos epistemológicos. En este artículo examinamos los modos más frecuentes de cruces entre disciplinas, y las consecuencias que tienen en nuestras prácticas científicas, a partir de un anclaje en la disciplina literaria. Para terminar presentamos un ejemplo de cruce entre estudios literarios y arqueología.

Palabras clave: disciplina literaria • interdisciplinariedad • ciencias humanas y sociales • objeto literario • encuesta • Arqueología • Schliemann

Abstract

Although for at least two decades we have been encouraged to develop interdisciplinarity, academics do not, normally, discuss interdisciplinarity per se. For this reason collaboration established among humanities and social sciences is still unsatisfactory in epistemological terms. In this paper we intend to focalise on a description of different ways of interdisciplinary collaboration, and the consequences of the adoption of it in literary studies. As an exemple we propose the case of archeology and literature.

Key words: Literary studies • Interdisciplinarity • Humanities and Social Science • Literary object • Inquiry • Archeology • Schliemann

I

La reflexión sobre las relaciones entre literatura e historia, y los debates que suscitó desde hace un poco más de una década en Francia como en otros países occidentales, nos sitúan en un territorio particular que presenta nuevas especificidades y que es tentador describir como una edad pos-disciplinaria.

Las dudas manifestadas a propósito de la eficacia científica del régimen disciplinario llevaron a la comunidad de investigadores a intentar definir sus límites, sus derivas, sus problemas y sus riesgos, tal como lo señalaran Boutier, Passeron y Revel en 2006 en el volumen *Qu'est-ce qu'une discipline*. Estas incertidum-

bres multiplicaron los llamados al cruce disciplinario, que adoptó, sin embargo, formas poco satisfactorias. Desde la antropología, Gérard Lenclud describió el fenómeno como una «interdisciplinariedad prescrita»; el historiador Patrick Boucheron como un «imperativo categórico»; el sociólogo Jean-Louis Fabiani como un «mandato disciplinario» (2006, 2012–2013); Dan Sperber desde las ciencias cognitivas designa este enfoque como un «maquillaje interdisciplinario». Expresiones que traducen una inquietud compartida por numerosos actores de la comunidad científica: la dificultad de pensar las relaciones entre los recortes actuales de las disciplinas y las formas de saber, tradicionales o emergentes. Habría que agregar a esto que aunque la dinámica actual nos lleve hacia la interdisciplinariedad, nos falta el tiempo necesario para reflexionar de modo sistemático sobre los problemas que implica y las consecuencias que acarrea en nuestras disciplinas y en la organización institucional de los saberes.²

La ambigüedad del régimen disciplinario reside en el hecho de que la interdisciplinariedad puede existir únicamente si hay disciplinas, pero no obstante una vez establecidas se abre camino con dificultad. Según Gérard Lenclud, la organización moderna de la investigación científica ha construido un dispositivo cuyas consecuencias pueden parecer parcialmente contradictorias: por un lado, este dispositivo se basa en la especialización disciplinaria, que la institución universitaria solidifica y que provoca efectos de aislamiento a los cuales se trata de remediar regularmente mediante llamados a la interdisciplinariedad. Al mismo tiempo, el dispositivo científico moderno consagra la solidaridad entre las disciplinas: forman un sistema tal que cada una se define y es definida por las relaciones de diferenciación que mantiene con las otras, en un contexto marcado a la vez por la complementariedad y la competencia (Lenclud:77; Fabiani 2006:12; Fabiani 2012–2013).³ En esta solidaridad se arraiga nuestra creencia en la existencia de un conjunto de saberes como evidencia —y las exigencias que impone esta evidencia (Fabiani 2012–2013)—. Peter Weingart recuerda que las disciplinas terminan invariablemente por existir como estructuras dadas del mundo, lo que borra su carácter de convención provisoria, y su localización histórica vinculada al desarrollo universitario.

Antes de volver sobre las problemáticas actuales de la disciplinariedad en ciencias humanas y sociales, es necesario recordar que la cuestión no está aún resuelta y que la interdisciplinariedad no es hoy una realidad establecida. En efecto, nuestra práctica en la enseñanza y la investigación nos da a menudo la impresión de que sigue siendo una ilusión de duración limitada. Sin embargo, los aportes y los avances recientes permiten hoy identificar el mayor problema al que estamos confrontados: lo que no hemos logrado resolver es la *localización* de la interdisciplinariedad —su *ubicación* tanto en términos epistémicos como en la organización institucional de la enseñanza y la investigación.

En el nivel de la formación, podríamos resumir la situación del modo siguiente: ¿en qué momento debe intervenir la interdisciplinariedad? ¿En el comienzo de

una formación que no dejaría sin embargo de ser disciplinaria? Es evidente que la concepción que se tiene de la disciplina, y la de la propia disciplina, son determinantes para decidir cuándo se hace intervenir la interdisciplinariedad; pero la capacidad de separar una disciplina del modelo de la propia formación juega también un papel esencial, porque implica una reflexión sobre las tradiciones nacionales en ciencias sociales y sobre su evolución histórica (Heilbron:3–16). La cuestión es vasta, pero puede sintetizarse en los términos siguientes: si se concibe una disciplina como insertada en una red constituida por múltiples disciplinas, por razones históricas y en función de problemáticas epistemológicas, la formación interdisciplinaria debería intervenir desde el comienzo.⁴ En este sentido, es necesario preguntarse si lo que tenemos tendencia a considerar una «era pos-disciplinaria» cuestiona *efectivamente* el recorte y la organización institucional de los saberes. En otras palabras, en este momento en que las diferentes formas de saber en ciencias humanas y sociales parecen haber alcanzado un grado extremo de especialización, ¿deberíamos concebir formaciones interdisciplinarias, o, al menos, formaciones en las que la interdisciplinariedad tuviera una mayor importancia?

En cuanto a la investigación, la cuestión de la ubicación de la interdisciplinariedad se plantea en términos similares: ¿de qué modo ésta debe intervenir?; ¿en qué nivel del análisis?; ¿qué puede esperarse del cruce interdisciplinario? Considerada generalmente como la etapa suprema del recorrido de un investigador, la interdisciplinariedad parece deber intervenir después de la adquisición de una especialización en el interior de una disciplina (Sperber). Porque el marco interdisciplinario responde a la necesidad de limitar el campo de la experiencia, y parece encarnar la única posibilidad de una profesionalización que garantiza la calidad de los trabajos, y la entrada en una comunidad de investigadores. En este sentido, se observa que el movimiento hacia una formación más marcada por una interdisciplinariedad toma a menudo, en los discursos, la forma de un atentado contra la autonomía disciplinaria. Tanto más cuanto que la reorganización del mundo académico que se juega desde hace un tiempo en numerosos países occidentales, puso en evidencia el hecho de que en el espacio europeo la cuestión de la ubicación se plantea también en términos de elecciones institucionales: ¿cuál es el tipo de institución más propicia para la implantación de metodologías interdisciplinarias?, ¿universidades, o instituciones de investigación y grandes escuelas?⁵

II

Llegado a este punto de la reflexión, me parece importante recordar las razones que nos llevan a adoptar un modo interdisciplinario. Porque los objetivos que determinan los cruces entre disciplinas permiten comprender mejor el modo en que articulamos los saberes provenientes de diferentes campos. Sin olvidar que el modo en que nos acercamos a una disciplina también es relevante, en el sentido siguiente: si quien nos orienta dentro de una disciplina que nos es extranjera es un especialista o si buscamos acercarnos de modo «salvaje», el resultado será diferen-

te. Un antropólogo a quien un literato pregunta qué puede leer de su disciplina, aconsejará probablemente teóricos que han trabajado sobre literatura o con literatura; pero si buscamos en función de conceptos, la cuestión de la relación de los antropólogos con la literatura no nos guiará en nuestras lecturas interdisciplinarias.

Para esquematizar, podríamos decir: convergencia y divergencia. Y para describir con mayor precisión lo que significan estos términos, podemos recordar algunas de estas razones: la fecundidad de ciertos cruces, que puede venir de las diferencias disciplinarias como de las ambiciones epistemológicas de un campo del saber; la intención de crear nuevos objetos de investigación; la esperanza de constituir una disciplina universitaria que se proyecte hacia el futuro; la fuerte diferenciación entre prácticas científicas; el hecho de que la importación de nociones y de conceptos vecinos puede aportar una ganancia intelectual y estratégica (Anheim:402). Roland Barthes subrayó ya el carácter innovante de estos cruces que, en su visión, tenían como consecuencia necesariamente la creación de un nuevo objeto (97–103).

II

Con el fin de examinar los modos en que procedemos a confrontaciones disciplinarias, adoptaré aquí la perspectiva de mi propia disciplina, los estudios literarios. Dos aclaraciones son necesarias antes de estudiar los tres modos más frecuentes de cruce entre disciplinas. Por un lado, estos modos no serán evocados aquí en función de una progresión jerárquica; los tres constituyen tendencias de la investigación actual, y cada una de ellos presenta un interés diferente. Por otro, es evidente que estos modos cohabitan en un número importante de trabajos contemporáneos.

Un primer nivel de cruces disciplinarios puede ser llamado *temático*.⁶ Como literatos, la necesidad de recurrir a otra disciplina se impone de modo evidente a partir de determinados temas. Por ejemplo, si pensamos en las relaciones entre literatura e historia, parece imposible abordar ciertos corpus literarios sin utilizar los libros de los historiadores cuando se trata por ejemplo, de literatura sobre los campos de exterminio nazis, el fascismo, la dictadura, etc. Bajo esta forma, la del conocimiento, la interdisciplinariedad es frecuente. Nos enfrentamos a un corpus que demanda entonces un recurso de las producciones de los historiadores especializados en esos períodos o en esas cuestiones, que nos propone un modo de comprensión de los fenómenos a través de una interpretación de éstos. No obstante, conviene recordar que cuando el método literario busca aprehender el contexto histórico de la obra, consultar la bibliografía especializada puede resultar insuficiente; el contexto de una época se encuentra en los medios y en otros soportes de publicación, y en una serie de documentos y discursos de época, que han marcado un período. Aquello que rodea al texto —el contexto de edición, de publicación, el medio literario, el contexto político y social, etc.— no constituye un conjunto de circunstancias del que el texto es el centro, sino un componente de la obra.⁷

Un segundo nivel de cruce disciplinario consiste en la importación directa de objetos, conceptos, métodos y modelos extranjeros a una disciplina, con el objetivo de producir resultados innovantes. Es lo que Etienne Anheim considera una concepción «estrechamente utilitarista» de la interdisciplinariedad, sin que, a mi modo de ver, la expresión tenga una connotación negativa; Anheim recuerda también que en estos casos los elementos puestos en evidencia traducen una convergencia más que una influencia (Anheim:401 y 419, Charles, Revel). Numerosos trabajos dentro del marco de la historia social, que han renovado la lectura de los textos literarios, toman como base este tipo de cruce. Para una evocación rápida de algunos ejemplos, podemos citar los trabajos de Roche, Chartier, Lyon–Caen y Ribard, Jouhaud, Velay–Vallantin en Francia; Ginzburg, Darnton (1985, 1992) a nivel internacional.

Un tercer modo en que pueden cruzarse las disciplinas se sitúa en el nivel epistemológico, y aporta una reconsideración de la posición de una disciplina frente al saber. Este tipo de enfoque lleva a tomar prestado nociones y métodos, pero se orienta hacia una reconfiguración de aspectos esenciales de la propia disciplina. Como ejemplo, podemos invocar las perspectivas abiertas a los estudios literarios provenientes de la antropología francesa de los años 1990, en particular los cuestionamientos de Jean Bazin (2008) alrededor del objeto en la disciplina antropológica, que resultan altamente productivos para cuestionar el objeto de la disciplina literaria, para comprender su estatuto y su funcionamiento en el mundo contemporáneo. Así mismo, la noción de «puesta en situación» del objeto desarrollada por Jean Jamin —la historicidad que permite cuestionar el trazado de las fronteras disciplinarias, epistémicas y cognitivas—; la noción de «proceso de obliteración científico» propuesta por Bazin, a partir de los trabajos de Balandier. Se trata de elaboraciones conceptuales que pueden ser utilizadas para una reflexión sobre la historia de los estudios literarios para reelaborar los principios sobre los cuales reposa la disciplina (Bazin 1996).

La incorporación de la encuesta como método epistémico se incluye en esta categoría de cruce. Corresponde a una tendencia relativamente reciente de la disciplina literaria, de la que intentaré sistematizar algunos principios.

IV

La noción de encuesta no designa aquí un método tomado de otra disciplina, que podría conducir al investigador a adoptar un enfoque de historiador o de sociólogo —aunque esto pudiese eventualmente ocurrir—. La encuesta no es tampoco concebida a partir del modelo policial, que presupondría huellas cuya significación podría estallar únicamente cuando el ojo del detective las mira y lo lleva a establecer una verdad (Ginzburg, Boltanski). Pensamos la encuesta como un método mediante el cual la disciplina literaria se abre a la historicidad. No al nivel de los acontecimientos narrados, ni de los textos sino al de la práctica científica. La noción de encuesta reivindica la materialidad de los objetos en cuanto formas de

saber, inscriptos en una red de elementos que constituyen un objeto; los estudios literarios se re–apropian así de un método al que le otorgan una especificidad propia y que transforma el estatuto de la disciplina. Etienne Anheim ha estudiado, en su reciente «L'historien au pays des merveilles? Histoire et anthropologie au début du XXI^e siècle», el proceso que llevó a comienzo de los años 1990 a ciertas disciplinas, como la antropología y la historia, a volver sobre la cuestión del documento, transformando el estatuto y la elaboración de los datos empíricos en disponibles para la encuesta científica —un movimiento que ya se había perfilado en los años 1930, en el momento de la institucionalización de la disciplina—. Un regreso a los archivos que correspondería, entre los historiadores, a un repliegue sobre la identidad de la profesión (Anheim:402). En cuanto a la disciplina literaria, puede decirse que no conoció un movimiento similar en el período en Francia, en todo caso en sus tendencias institucionales y editoriales dominantes. Sin embargo, los historiadores orientados hacia una historia de la cultura anunciaron esta tendencia en el comienzo de los años 1990 —Louis Marin, Roger Chartier, Catherine Velay–Vallantin—. En literatura, este repliegue hacia la identidad de la profesión que conocieron la historia, la antropología y quizá la sociología, corresponde a lo que es a menudo percibido como un intento de reconocimiento por parte de las ciencias sociales, que podríamos describir como una reconsideración de su estatuto: el compromiso con la reflexión acerca del lugar que puede ocupar la disciplina literaria en la constelación de las ciencias humanas y sociales. El proceso es hoy favorecido por la amplitud adquirida por las teorías del relato: la toma de conciencia de la omnipresencia del relato en nuestra cultura contemporánea, así como la necesidad de especialistas de diferentes disciplinas de trabajar con relatos ficcionales y no ficcionales, ha dado a los que aparecen como «expertos del relato» (los narratólogos en particular) cierta visibilidad, además que ha determinado una circulación interdisciplinaria de sus teorías.⁸ No obstante, no puede decirse que esta tendencia haya afectado al conjunto de la disciplina literaria.

El movimiento que describimos bajo el término de encuesta corresponde así a un retorno al documento —e incluso a la materialidad del texto en la disciplina literaria—. Para la historia, en este período, el documento se vuelve el objeto primero de la investigación, en el marco de una reflexión sobre su materialidad, su elaboración, sus usos y su transmisión, renovando así el problema epistemológico del estatuto de las huellas del pasado en el proceso de construcción del saber, en la tradición de investigadores como Michel De Certeau, Carlo Ginzburg, Arlette Farge. En literatura, el documento ocupa la escena porque reintroduce el anclaje del texto literario en su presente y en el presente de la interpretación. La disciplina literaria entra de este modo en competencia con el poder de evocación de la literatura, y redefine las fronteras genéricas de lo literario, cuestionando su autonomía. Pero el documento es *otra cosa* en literatura: la cuestión para nosotros no tiene que ver con el estatuto de las huellas del pasado dentro de un proceso de construcción del saber, sino que el documento es la realización material del texto, que no es circunstancia sino el texto mismo.

Se opera entonces no una contextualización en el sentido clásico del término, sino más bien un desborde de la lógica de la obra sobre lo que solemos considerar su «contexto exterior». Concebidos como operaciones, como intervenciones productivas, y no como resultados cristalizados, los textos son repatriados a la historia social y política sin ser reducidos a signos de su contexto ideológico, político y social. Así, las estrategias editoriales cuentan tanto como la estructura formal o temática, lo que implica negarse a tratar el texto literario como un objeto formal que posee una identidad interna estable. La identidad de las obras es considerada ante todo en cuanto a su vínculo con el contexto de publicación —el contexto de publicación y el contexto de producción son concebidos aquí como dos momentos irreductibles en la construcción de la identidad de la obra y del autor—. El desplazamiento operado cuestiona la idea de un texto-tipo, remplazándola por la hipótesis según la cual cada nueva edición «pone en lugar una nueva versión de lo escrito».⁹ La dimensión temporal y sincrónica de los objetos es así tratada simultáneamente.

Esta concepción de la encuesta no implica que es la historicidad de la sociedad o la historicidad del texto lo que se estudia. Constituye un modo de incorporar las condiciones de producción, la materialidad, a la producción intelectual y al proceso de exposición científico en literatura, que permite visitar los vínculos entre el objeto y el investigador. Este movimiento proveniente de disciplinas como la antropología, la historia o la sociología, nos permite tal vez comprender bajo un ángulo nuevo el retorno de la noción de autor en los estudios literarios al que asistimos desde hace unos diez años. Es una pregunta que merece consideración. Lo que parece menos dudoso es el hecho de que en la disciplina literaria el proceso de fabricación del texto pudo obturar la posibilidad de exposición del proceso de fabricación del texto científico. Es tal vez uno de los factores que permite explicar cierto rechazo a la teoría literaria de tradición estructuralista, al que asistimos actualmente en ciertas comunidades académicas (europeas, por lo menos).

Llegamos por este camino a una puesta en evidencia de los procedimientos de la encuesta mediante los cuales construimos nuestros objetos en literatura, lo que lleva a una re-evaluación de la escritura crítica, puesto que el investigador inscribe así explícitamente su presencia en lo escrito, sin transformarse en el objeto principal, y sin abandonar el registro de la producción científica. El especialista en literatura ya no puede pensarse como un sujeto absoluto, radicalmente separado de su objeto, o vinculado a éste por el valor estético, que se niega a historizar las conexiones que lo unen. Lo que implica que los objetos marcados por una atención estética no constituirían sino una parte de los que estudiamos en cuanto especialistas de literatura.

V

La incorporación de la encuesta, concebida de este modo, a la disciplina literaria tiene al menos dos consecuencias mayores en la producción científica. Por un lado, altera la temporalidad de la investigación y la escritura; por otra, pone al

investigador frente a una vasta producción de «restos» que produce la impresión de una dilapidación científica.

La organización moderna de la investigación impone una serie de obligaciones entre las cuales se encuentra la necesidad de responder a numerosas solicitudes, la transformación de los profesores e investigadores en gestionarios de sus propias carreras, la intensificación del compromiso en la administración de la enseñanza y la investigación. A ello hay que sumar los diferentes modos de evaluación de impuestos en los últimos años, generalmente tomados de las ciencias exactas, cuya naturaleza está poco adaptada a la especificidad de funcionamiento de las ciencias humanas y sociales, y que nos llevan a adoptar métodos y ritmos ajenos a la especificidad de nuestra disciplina. En calidad de docentes e investigadores tenemos a menudo la impresión de que la inercia del sistema y las imposiciones ministeriales y financieras nos dejan poco margen de maniobra. El conjunto de estos factores determina que privilegiemos las modalidades de investigación que permitan intensificar el ritmo de producción.

La encuesta tal como la describimos aquí implica una temporalidad de investigación y de escritura que aminora el ritmo de producción, y multiplica el tiempo dedicado a los objetos, porque considera que la lógica de la obra no puede ser aprehendida exclusivamente en la dimensión textual. Además, este enfoque no determina la orientación de la investigación: es la especificidad del objeto la que implica una forma de saber, una disciplina, una metodología. En efecto, nos embarcamos en una investigación cuya especificidad es imposible de prever, así como las disciplinas que va a implicar; no es porque el eje de nuestros trabajos fue en un momento el cruce entre literatura e historia que será lo mismo con el próximo objeto. Esto significa que percibimos en los objetos literarios inscripciones variadas, entre las cuales elegimos una como dominante (Jakobson) —la historia, la arqueología, la antropología, la historia institucional, etc.—. Por otro lado, el tipo de material implicado en la encuesta no está tampoco pre-determinado: archivos (manuscritos o impresos), colecciones de autores, revistas, diarios, otros soportes; historia editorial, relación texto/imagen (dibujo, grabado, fotografía, pintura), etc.; es según el objeto elegido. Pero en todo caso el método de la encuesta implica la necesidad de excavar; en consecuencia, no podemos contentarnos con la lectura de libros especializados, o del aparato crítico de las ediciones científicas.

Este enfoque nos saca de nuestras especialidades, y demanda (por supuesto) un tiempo de formación relativamente importante. Sobre esta cuestión, decía Bourdieu: «Un investigador o un pensador, es como un transatlántico: girar, lleva un tiempo loco». Agregaría que la organización moderna de la investigación impone la necesidad de permanecer activos en nuestra especialidad de origen durante el lapso que dedicamos a esos giros, lo que disminuye el ritmo de trabajo (y a veces provoca una forma de esquizofrenia, dado el carácter heterogéneo de nuestros objetos). Se induce de este modo a la construcción de una suerte de «jardín secreto» (o de «jardín vergonzoso») del investigador, puesto que este objeto está

alejado de aquellos sobre los cuales hablamos y escribimos, y no se corresponde con las expectativas de la comunidad.

Lo que denomino «dilapidación (científica)» implica también una dimensión temporal: lo que dilapidamos es tanto nuestro tiempo como los saberes, a menudo fragmentarios, acumulados durante nuestras investigaciones. En efecto, estas excavaciones tienen una dimensión diacrónica —en un sentido particular—: obstaculizan la linealidad de la escritura crítica y reducen su ritmo poniendo en cuestión los modelos de exposición de la investigación; nuestra escritura termina por alejarse de modelos reconocidos y practicados en la disciplina, y participa, en cierta medida, de los modos de exposición y de las retóricas de otras disciplinas, sin identificarse, sin embargo, plenamente con ellas. En la comunidad intelectual francesa, cuando la escritura adquiere una dimensión de «ciencias sociales», es difícilmente aceptada, en la medida que este movimiento la aleja de la tradición nacional propia de los estudios literarios. Lo que nos recuerda que sería necesario reexaminar el lugar que ocupa la disciplina literaria en la constelación de las ciencias humanas y sociales.

Dilapidar es también dispersar, disipar (Félix–Gaffiot:528). Pero esta dilapidación puede ser vista también como una acumulación de capital —lo que induce a preguntarnos ¿qué hacer con estos saberes acumulados?—. Porque la dilapidación puede garantizar los giros futuros. La cuestión es, entonces, ¿cómo usar los «restos» y escapar de una forma de dilapidación extrema? Mi experiencia, compartida con cierto número de investigadores, permite identificar tres estrategias posibles. Una consiste en buscar un modo de incorporar todo ese «superávit», todo eso que «está de más» en el trabajo y en el marco del cual nació, aunque para ello haya que forzar un poco la estructura, o volverla más densa (a veces, simplemente, acumulando estos restos en las notas al pie). Una segunda posibilidad es transformarlos en una serie de artículos autónomos, que pueden, a veces, tratar de temas alejados del objeto de origen. La tercera estrategia posible es convertir los restos en otro libro. Sea cual fuere nuestra elección, tendrá consecuencias en nuestro recorrido en términos disciplinarios e institucionales. Sin duda, cada una de estas posibilidades determina un grado de autonomía diferente de los «restos».

Cabe además preguntarse si quedan rastros del trabajo de encuesta en nuestros escritos, y qué forma toman. Podemos responder: necesariamente —fatalmente— quedan rastros puesto que la encuesta se inscribe en el texto en el nivel de la producción de las hipótesis y permite leer el texto de otro modo. Pero esta inscripción se realiza a menudo bajo una forma poco visible, lo que espero mostrar mediante un ejemplo tomado de mi propia experiencia reciente.

A través de una investigación que comenzó como una reflexión sobre los usos del relato en ciertas ciencias sociales (en vías de constitución) en las últimas décadas del siglo XIX, llegué a interesarme en la autobiografía de Heinrich Schliemann

(1822–1890), el arqueólogo autodidacta al que se le atribuye el descubrimiento de la ubicación de la antigua ciudad de Troya, y que excavó Micenas, y desenterró la célebre máscara de Agamenón. Se trata de uno de esos objetos que no resultan de un encargo, o de una solicitud exterior. Como Patrick Boucheron, pienso que no elegimos necesariamente con mayor pertinencia nuestros objetos cuando nadie nos los sugiere; podríamos incluso decir lo contrario: nuestras elecciones independientes son poco pertinentes, en el sentido que suelen no corresponder a los intereses y a las expectativas de la comunidad. Sin embargo, tienen su importancia, puesto que se emancipan de las vías, dominantes o no, de la investigación de una época. Además, cuando la elección se hace libremente y sin interferencias, escapa más fácilmente a los imperativos de tiempo y de forma impuestos por la organización moderna de la investigación (Boucheron:105–106).

Al comienzo, lo que me interesaba del caso Schliemann era la construcción material de sus obras, y el objetivo era aprehender las especificidades que presentaba el relato en este autor, en particular el uso de técnicas novelescas en los relatos de excavación (Louis 2007b). Los archivos Schliemann se encuentran en la biblioteca de la *American School of Classical Studies at Athens* (Gennadius Archives, Schliemann Papers), lo que me llevó a Atenas, a la arqueología, disciplina que me era poco familiar, y a describir el uso particular que hizo Schliemann de sus autobiografías.¹⁰ En este sentido, este trabajo constituye un «resto» del proyecto sobre los exploradores.

Una de las particularidades de este objeto residía en que existen cuatro relatos autobiográficos —en varias lenguas (inglés, francés, alemán)—, un hecho conocido por los especialistas pero rara vez evocado de este modo, porque las autobiografías mismas en cuanto conjunto no habían constituido nunca un objeto de estudio autónomo; fueron usadas por los historiadores y los arqueólogos para reconstruir la historia de Schliemann pero no estudiadas en calidad de serie, ni de relatos. El debate se concentró en la cuestión de la veracidad, porque luego de haber suscitado una confianza ciega, Schliemann sufrió los ataques de una serie de investigadores en los años 1970, al punto que todo el edificio pareció colapsar, y la cuestión se planteó acerca del crédito que se puede atribuir a sus excavaciones cuando su autobiografía parece más ficcional que referencial. En este marco, la primera decisión —otorgar una autonomía de funcionamiento al conjunto de las autobiografías— se acompañó entonces de otra: desplazar el centro de la interpretación, que no era ya la puesta en paralelo entre el relato hecho por Schliemann y la cronología de su vida, sino la serie misma de relatos, y las representaciones que genera. Esta toma de posición no significa que el hecho de conocer el grado de verdad o de referencialidad de los acontecimientos narrados no juegue ningún papel en lo que respecta el estatuto que se otorga a estos textos; pero lo que interesa son las formas que Schliemann eligió para presentar su vida, las estrategias que utilizó para posicionar su autobiografía de modo a transformarla en una pieza maestra de la construcción de su carrera de arqueólogo, tanto como los efectos producidos por sus textos. El objetivo era tratar de comprender

la función que la escritura autobiográfica tuvo en las estrategias narrativas, lo que permitió —y lo que ocultó—. Porque como lo afirma Reinhardt Witte, sin sus autobiografías, Schliemann sería hoy un arqueólogo entre otros (32–47).

Una vez constituido el objeto, faltaba resolver el modo de aproximarlos, en cuanto literata, al género, por supuesto; aunque la autobiografía no tiene nada de *terra incognita*, puesto que ya dejó de ser un objeto reservado a los literatos. Desde los trabajos de Philippe Lejeune, se considera a la escritura autobiográfica como un hecho característico de nuestra sociedad (Lejeune 1975, 1980, 1986, 1990); pero nuestra aproximación participa también de un movimiento contemporáneo de vuelta sobre la biografía y la autobiografía en las ciencias humanas y sociales al que se asiste desde hace varias décadas: el relato de vida fue agregado a la caja de herramientas de varias disciplinas. La proliferación del «biografismo» vio nacer una rehabilitación del género como instrumento de conocimiento, que toma posición en un contexto cultural particular y en un momento específico del desarrollo de las ciencias —como lo señalan Daniel Fabre, Jean Jamin y Marcello Massenzio en su introducción al número de *L'Homme* dedicado a la cuestión (7–20)—. Se adopta un enfoque sin duda determinado por la pertenencia disciplinaria, pero el objeto sigue pidiendo un tratamiento en el cruce de varias disciplinas: historia, arqueología, literatura, historia de las instituciones y de los saberes, psicoanálisis —o más bien como lo plantea Jacqueline Carroy: historia de las interpretaciones científicas de los sueños.

¿Qué hace Schliemann en sus relatos autobiográficos? Construye un «lugar de saber» —o más bien: hace del relato de vida un lugar de saber—, porque crea un territorio simbólico en el que las modalidades de conocimiento son retomadas y resignificadas para constituir un nuevo modo de producción de los saberes, tanto del punto de vista pragmático como epistemológico (sigo aquí la propuesta de Christian Jacob 2007, 2011). La particularidad de Schliemann es que toma posición entre el espacio público y una disciplina académica (la arqueología) en curso de definición y de profesionalización. Las autobiografías de Schliemann permiten un modo de conocimiento para el estudio de ciencias a través del uso del relato (Collinot, en prensa); la problematización del saber que aportan estas autobiografías pueden ser comprendidas a partir de la consideración de las formas narrativas, y del modo específico en que se inscribe en ellas la vacilación entre género cognitivo y género estético que marcó la constitución de las ciencias humanas y sociales en el siglo XIX.

Mientras el mito del niño que sueña con Troya y decide ir a buscar un día la antigua ciudad se impone a través de estos relatos, las autobiografías pasan por alto la formación de Schliemann. Si su relato nos seduce, no nos permite siquiera interrogarnos sobre el modo en que un comerciante autodidacta se convirtió en el arqueólogo más célebre de la historia, ni cómo se formó en el razonamiento y el conocimiento científico. Los años ignorados por el relato de Schliemann son aquellos en los que se forma y entra en una comunidad científica, y se desarrollan

en París entre 1866 y 1869, es decir que corresponden al final del Segundo Imperio, por lo que es necesario pasar por una historia del saber y de las instituciones francesas para abordar estas autobiografías. La estrategia narrativa de Schliemann consiste en construir una representación del nacimiento de la vocación situada en la infancia, que toma la forma del sueño de toda una vida: en otros términos, presentar una vocación única a pesar de que su carrera científica comienza recién a los 46 años.

¿Para qué sirven los archivos en un caso como éste? Una primera respuesta sería: para la construcción del objeto, puesto que la serie de autobiografías se impone como tal a partir de la experiencia de archivos, y es a partir de este trabajo que se construyen las hipótesis. En efecto, las cajas de material de la Gennadius contienen informes, notas y cartas que muestran el impacto que la primera autobiografía tuvo en el público, poniendo en evidencia el proceso que llevó a Schliemann a considerarla como una pieza esencial de la construcción de su imagen de científico y de su carrera. Otro aspecto que los archivos permiten comprender es el funcionamiento del relato en relación con el aprendizaje de las lenguas. La serie de cartas en las cuales aconseja su método lleva a pensar que algo específico se juega en ese método: la «mecánica de las lenguas» es, en Schliemann, más compleja de lo que aparenta, porque el aprendizaje de las lenguas y el ejercicio del relato se confunden, hasta fundirse en un mismo ejercicio intelectual. Así, el aprendizaje de las lenguas permite, dentro de su sistema, evacuar la cuestión de la diferencia entre ficción y no ficción —o referencialidad y no referencialidad.

VI

He puesto esta reflexión bajo el signo de la disciplina en la que me formé —la literatura— no para defender un territorio sino para marcar el hecho de que aunque los conceptos, los métodos o los objetos coincidan, los modos específicos de una disciplina abren perspectivas diferentes a la investigación. Nuestros puntos de partida y nuestros anclajes difieren según la disciplina a la que pertenecemos, y la construcción de un terreno de encuentro sigue siendo ardua. Incluso cuando el objetivo es proponer un diálogo, nos enfrentamos a malentendidos, que, es verdad, pueden ser fecundos y productivos, pero son difíciles de sobrepasar. Boucheron señala que es inútil querer atribuir esos malentendidos interdisciplinarios a la falta de atención culpable de aquellos a los que tratamos de dirigirnos; si no reaccionan, es porque no sienten la necesidad epistemológica de hacerlo, y, por tanto, el problema ha sido mal planteado, o expuesto de tal modo que queda inaudible. Agrega que, para tener una chance de hacerse escuchar, habría que adoptar algunas astucias tácticas —como la intrusión en los canales de difusión del campo adverso, el bombardeo sistemático de la retaguardia, una forma de camuflaje teórico (III)—. Kuhn insistía ya en su posfacio a *The Structure of Scientific Revolutions* (1969), en las dificultades de orden retórico que perturban la comunicación entre disciplinas, en particular cuando utilizamos un vocabulario que

creemos compartir, pero que reenvía a presupuestos y a historias conceptuales diferentes. Dan Sperber recuerda que los encuentros interdisciplinarios dan lugar a una buena parte de frustración, porque nos lanzamos a ellos con la expectativa no de aprender de los otros sino de que los otros aprendan de nosotros.

Estos malentendidos son frecuentes, incluso en eventos cuyo objetivo es reflexionar acerca de los intercambios interdisciplinarios. No obstante son productivos y fecundos. La cuestión es saber cómo prolongarlos y bajo qué forma. En particular en términos de formación y de inscripción institucional. Solamente la continuidad puede permitir sobrepasar los malentendidos disciplinarios y construir un territorio de intercambio.

Notas

¹ Una primera versión de este trabajo fue leída en el congreso «Literatura e historia en debate», organizado por Catherine Coquio, Lucie Campos y Annick Louis en enero del 2013. Las actas serán publicadas en el 2014 en el sitio www.fabula.org. Es evidente que la situación que describo se refiere esencialmente a la de la comunidad intelectual europea, y de los estudios literarios en este continente.

² Adopto aquí el término de «interdisciplinarietà» y no el de «transdisciplinarietà», porque los fenómenos tomados en cuenta practican cruces en el espacio del saber y no se desarrollan necesariamente en el marco de un proyecto común que tiene un objetivo común. Empleado por primera vez por Erich Jantsch en el congreso del OECD en 1970, en Niza, el concepto de transdisciplinarietà designa «the targeted coordination of a group of disciplines and inter-disciplines, which together are involved in a complex scientific system, and which have a common purpose, with this coordination based on a general system of axioms that are considered binding on all concerned». Reenvío también al análisis propuesto por Thomas Jahn.

³ Lenclud señala cuán atractiva es, por esta razón, la idea de comparar una disciplina, concebida a la manera de Thomas Kuhn, con una cultura, según la concepción antropológica del término; de este modo la disciplina aparece como un bocal cuyas paredes no serían transparentes. Recuerda que los bocales son, a pesar de los esfuerzos del aparato disciplinario que sigue sus pulsiones, vasos comunicantes, a la vez en el nivel institucional y cognitivo.

⁴ Estas problemáticas han marcado las diferentes reformas del sistema universitario realizadas en Francia (y otros países europeos) en los últimos diez años, luego de la firma de los acuerdos de Boloña. En Francia, donde las formaciones estaban más compartimentadas que en otros países europeos (como Alemania o Inglaterra), este aspecto de la reforma en curso adquiere una proyección particular y fue intensamente resistido por la comunidad.

⁵ Reenvío al debate *Rethink interdisciplinarity*, coordinado por Christophe Heintz (EHESS, Institut Nicod), Gloria Origgi (CNRS, Institut Nicod), y Dan Sperber (CNRS, Institut Nicod); en particular a las contribuciones de Helga Nowotny y Steve Fuller, que presentan posiciones opuestas: según Nowotny, la interdisciplinarietà no puede encontrar un terreno propicio para su desarrollo sino en las instituciones de investigación, mientras que para Fuller es la universidad la que propone las mejores condiciones para afirmarse. Queda por saber si las especificidades nacionales de la organización de la investigación pueden explicar estos puntos de vista diferentes.

⁶ A propósito del concepto de «temática», ver Tomachevski en «Thématique», así como el balance hecho por Jean-Marie Schaeffer en «Motif, thème et fonction». El tema aparece como un principio de organización que abre la posibilidad de un cruce interdisciplinario. La aproximación temática cuestiona también la relación entre lo implícito y lo explícito.

⁷ El catálogo de la exposición del Pompidou, *Face à l'Histoire, 1933-1996*. «L'artiste moderne devant l'événement».

ment historique» (1994), propone este tipo de ejercicio.

⁸ Reenvío al seminario *Narratologies contemporaines*, animado por Jean-Marie Schaeffer (CNRS-EHES), Philippe Roussin (CNRS), John Pier (Université de Tours), Annick Louis (Reims-CRAL), que ha puesto en evidencia este fenómeno. Para más información ver: <http://narratologie.ehess.fr/>

⁹ Para un mayor desarrollo, ver Annick Louis 2007a.

¹⁰ En el nacimiento de este objeto, debo reconocer mi deuda con Claude Calame, quien, atento al relato de mis aventuras intelectuales en los archivos Schliemann, reconoció allí un objeto inédito antes de que mi entusiasmo lo hubiera transformado en tal.

Bibliografía

- AMÉLINE, JEAN-PAUL (1994). *Face à l'Histoire*. París: Flammarion/Centre Georges Pompidou.
- ANHEIM, ETIENNE (2012-2013). «L'historien au pays des merveilles? Histoire et anthropologie au début du XXI^e siècle». *L'Homme* 203/204, 399-427.
- BARTHES, ROLAND (1984). «Jeunes chercheurs», en *Le bruissement de la langue. Essais critiques IV*. París: Éditions du Seuil, 97-103.
- BAZIN, JEAN (1996). «Interpréter ou décrire. Notes critiques sur la connaissance anthropologique», en Jacques Revel y Nathan Wachtel, editores. *Une école pour les Sciences Sociales. De la VII^e Section à l'École des Hautes Études en Sciences Sociales*. París: Cefr, 401-420.
- (2008). *Des clous dans la Joconde. L'anthropologie autrement*. Toulouse: Anacharsis.
- BOLTANSKI, LUC (2012). *Énigmes et complots: une enquête à propos d'enquêtes*. París: Gallimard.
- BOUCHERON, PATRICK (2010). *Faire profession d'historien*. París: Sorbonne/Itinéraires.
- BOURDIEU, PIERRE (2001). «A contre-pente», entrevista de Philippe Mangeot. *Vacarme* 14 [en línea]. Consultado el 30 de diciembre de 2012 en <<http://www.vacarme.org/article224.html>>
- BOUTIER, JEAN, JEAN-CLAUDE PASSERON y JACQUES REVEL (2006). *Qu'est-ce qu'une discipline?* París: EHESS/Enquête.
- CARROY, JACQUELINE (2012). *Nuits savantes*. París: EHESS.
- CHARLES, CHRISTOPHE (2009). «Méthodes historiques et méthodes littéraires, pour un usage croisé». *Romantisme* 143, 13-29.
- CHARTIER, ROGER (1990). *Les origines culturelles de la Révolution française*. París: Le Seuil.
- COLLINOT, ANNE «L'enquête biographique dans les études sur les sciences», en Patrice Bret y otros, director. *Savants et inventeurs entre la gloire et l'oubli*. París: CTHS. En prensa.
- DARNTON, ROBERT (1985). *Le grand massacre des chats*. París: Robert Laffont.
- (1992). *L'aventure de l'Encyclopédie, 1775-1800: un best-seller au siècle des Lumières*. París: Le Seuil.
- DE CERTEAU, MICHEL (1975). *L'écriture de l'histoire*. París: Gallimard.
- FÉLIX-GAFFIOT (1976). *Dictionnaire Latin-Français*. París: Hachette.
- FABIANI, JEAN-LOUIS (2006). «A quoi sert la notion de discipline», en Jean Boutier, Jean-Claude Passeron y Jacques Revel, editores. *Qu'est-ce qu'une discipline?* París: EHESS/Enquête, 11-34.
- (2012-2013). «La discipline en questions». *Seminario EHESS*. París: EHESS.
- FABRE, DANIEL, JEAN JAMIN y MARCELLO MASSENZIO (2010). «Je et enjeu ethnographiques de la biographie». *L'Homme* 195/196, 7-20.
- FARGE, ARLETTE (1989). *Le goût de l'archive*. París: Seuil.

- FULLER, STEVE (2005). «Interdisciplinarity. The Loss of the Heroic Vision in the Marketplace of Ideas». *Rethink interdisciplinarity* [en línea]. Consultado el 6 de septiembre de 2009 en <<http://www.interdisciplines.org/medias/confs/archives>>
- GINZBURG, CARLO (1989). *Mythes, emblèmes, traces. Morphologie et histoire*. París: Flammarion.
- HEILBRON, JOHAN (Ed.) (2008). «Traditions nationales en sciences sociales». *Revue d'histoire des sciences humaines* 18, 3–16.
- JACOB, CHRISTIAN (Dir.) (2007). *Lieux de savoir I. Espaces et communautés*. París: Albin Michel.
- (2011). *Lieux de savoir II. Les mains de l'intellect*. París: Albin Michel.
- JAHN, THOMAS (2012–2013). «Transdisciplinarity in the practice of research». *Inter-disciplines First INIT Virtual Seminar: Inter-and Transdisciplinary Horizons* [en línea]. Consultado el 21 de mayo de 2013 en <<http://www.interdisciplines.org/paper.php>>
- JAKOBSON, ROMAN (1973). «La dominante», en *Questions de Poétique*. París: Seuil, 145–151.
- JANTSCH, ERICH (1972). «Towards Interdisciplinarity and Transdisciplinarity in Education and Innovation», en Leo Apostel, Georges Berger, Asa Briggs y Guy Michaud, editores. *Interdisciplinarity: problems of teaching and research in universities*. París: Organization for Economic Cooperation and Development, 97–121.
- JAMIN, JEAN (2004). «La règle de la boîte de conserve». *L'Homme* 170, 7–10.
- JOUHAUD, CHRISTIAN (2000). *Les Pouvoirs de la littérature. Histoire d'un paradoxe*. París: Gallimard.
- KUHN, THOMAS (1970). *The Structure of Scientific Revolutions*. Chicago: University of Chicago Press.
- LEJEUNE, PHILIPPE (1975). *Le pacte autobiographique*. París: Seuil, 1996.
- (1980). *Je est un autre. L'autobiographie de la littérature aux médias*. París: Seuil.
- (1986). *Moi aussi*. París: Seuil.
- (1990). *La pratique du journal personnel*. París: Université de Paris X.
- LENCLUD, GÉRARD (2006). «L'anthropologie et sa discipline», en Jean Boutier, Jean-Claude Passeron y Jacques Revel, editores. *Qu'est-ce qu'une discipline?* París: EHESS/Enquête, 69–93.
- LOUIS, ANNICK (2007a). *Borges ante el fascismo*. Oxford: Peter Lang.
- (2007b). «Homo explorator. L'écriture non-littéraire d'Arthur Rimbaud, Lucio V. Mansilla et Heinrich Schliemann». *Revue de littérature comparée* 4, 439–458.
- «Les vies Schliemann: l'autobiographie comme lieu de savoir». *Métis* 11. En prensa.
- (2007–2013). *Narratologies contemporaines. Seminario*. Animado por John Pier (Tours), Philippe Roussin (CNRS), Jean-Marie Schaeffer (cnrs-ehess), Annick Louis (Reims/CRAL). París: Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales.
- LYON-CAEN, JUDITH y DINAH RIBARD (2010). *L'Historien et la Littérature*, París: La Découverte/Repères.
- NOWOTNY, HELGA (2005). «The Potential of Transdisciplinarity». *Rethink interdisciplinarity* [en línea]. Consultado el 6 de septiembre de 2009 en <<http://www.interdisciplines.org/medias/confs/archives>>
- REVEL, JACQUES (2007). «Ressources narratives et connaissance historique». *Enquête, Les terrains de l'enquête* [en línea]. Consultado el 10 de enero de 2013 en <<http://enquete.revues.org/document262.html>>
- RIBARD, DINAH (2000). «Philosophe ou écrivain? Problèmes de délimitation entre histoire littéraire et histoire de la philosophie en France, 1650–1850». *Annales HSS* 2, 355–388.
- ROCHE, DANIEL (1988). *Les Républicains des Lettres*. París: Fayard.

- SCHAEFFER, JEAN-MARIE (1995). «Motif, thème et fonction». *Nouveau dictionnaire encyclopédique des sciences du langage*. París: Seuil, 530-542.
- SPERBER, DAN (2005). «Why Rethink Interdisciplinarity?». Consultado el 6 de septiembre de 2009 en <<http://www.interdisciplines.org/medias/confs/archives>>
- TOMACHEVSKI, BORIS (1966). «Thématique». *Théorie de la littérature des formalistes russes*. París: Seuil, 263-307.
- VELAY-VALLANTIN, CATHERINE (1992). *L'Histoire des contes*. París: Fayard.
- WEINGART, PETER (2010). «A Short History of Knowledge Formations», en Robert Frodemann, Julie Thomson Klein, Carl Mitcham, editores. *The Oxford Handbook of Interdisciplinarity*. Oxford: Oxford University Press, 3-14.
- WITTE, REINHARDT (1990). «Schliemann's importance to modern archaeology», en Katie Demakopoulou, editora. *Troy, Mycenae, Tiryns, Orchomenos. Heinrich Schliemann: The 100th Anniversary of his Death*. Atenas: Ministerio de Cultura Griego y Ministerio de Cultura Alemán, 32-47.